

Findlay, J. N., *Wittgenstein: A Critique* (London/Boston/Melbourne/Henley: Routledge and Kegan Paul, 1984), 266 pp.

El Brown Professor of Philosophy de la Universidad de Boston, J. N. Findlay, parece haber hecho un muy serio esfuerzo para colocarse en el centro de atención de los filósofos de todo el mundo mediante la producción de un libro “novedoso” sobre Wittgenstein. El resultado es, en verdad, original y debo decir desde ahora que, en lo que a mí concierne, nunca me había topado con algo semejante. Creo que podemos ya afirmar que el libro de Findlay pasará a la historia por un mérito incuestionable: es, muy probablemente, el **peor** libro que se haya escrito y que se escriba jamás sobre el pensamiento del hombre que, sin duda alguna, más profundamente marcó la filosofía del siglo XX. Debo confesar que me resultó sumamente difícil leer el libro en cuestión, debido sobre todo a la inmensa cantidad de afirmaciones triviales y poco serias, de incomprendimientos, de distorsiones y hasta de insultos por medio de los cuales el autor transmite su pensamiento. Si Findlay se imagina que en más o menos 200 páginas de charla imprecisa e insípida puede, como a ojos vistas es su ambición, echar por tierra el producto de 20 años de reflexión de un genio, podemos estar seguros de que su intento terminará siendo un fracaso total. Lo que aquí intentaré hacer será justificar, muy rápidamente, este diagnóstico, tratando para ello de no seguir el método de trabajo del autor, es decir, sin reconstruir de modo deliberadamente defectuoso su “mensaje”.

El libro se divide en siete capítulos, dos de los cuales están destinados a examinar el trasfondo de la filosofía de Wittgenstein y a preparar así el escenario para que el lector pueda posteriormente asimilar la tremenda “crítica” que se empieza a gestar. El primero de ellos versa sobre los “intencionalistas”, que el autor identifica con Brentano, Meinong y Husserl. Qué tenga que ver Husserl con Wittgenstein (y, más especialmente, con el *Tractatus*) es algo que nunca queda claro. El autor parece suponer que todo resultará claro posteriormente o que su exposición de algunas ideas de otros pensadores contiene una crítica explícita tan evidente y decisiva de Wittgenstein que no se requiere hacer explícita ninguna conexión. Al reseñista le parece, sin embargo, que, así como están, ni el primero ni el segundo capítulos de reconstrucción de trasfondos son relevantes para el tema central y lo anunciado por el pomposo título del libro. Como era de esperarse, no hay una sola crítica interesante a Wittgenstein. El diagnóstico general de Findlay, en su más puro estilo, es el siguiente: *One topic remains for comment and regret in this section, though we have already referred to in our last chapter: Wittgenstein's total ignoring of the work of the introspective school of Würzburg under Oswald Külpe in the early years of this century* (p. 38). Qué proposición concreta del *Tractatus*, por ejemplo, se viene abajo por ese lamentable estado de cosas es algo que Findlay tiene buen cuidado en mantener en secreto y vale la pena señalar que, con el mismo argumento, Russell y Moore, entre otros, también quedan descalificados. Es claro,

pues, que quien quiera enterarse de algo sobre Wittgenstein puede con toda tranquilidad ignorar este primer capítulo.

El segundo capítulo referente al trasfondo del pensamiento wittgensteiniano se titula en parte como el primero – *The Context of Wittgenstein's Thought* – sólo que aquí Findlay “estudia” diversos aspectos de las filosofías de Russell, Frege y Moore. Yo pienso que, a más o menos 10 años de ingreso al nuevo siglo, ya no se tiene derecho a volver a platicarle al lector, por lo demás en un tono de charla de café, los principios de la filosofía de Russell (e.g., la historia del logicismo, la Teoría de las Descripciones, etc.). Se supone que lo que el autor quería era ofrecernos una devastadora crítica del pensamiento wittgensteiniano y no un manual, pletórico de comentarios superficiales e irresponsables. Hay errores imperdonables y que no son atribuibles a los editores. Por ejemplo, según Findlay un axioma básico en el programa logicista de Russell es  $(p \vee q) \rightarrow (p \rightarrow q)$  (!) (p. 42). Asimismo, Findlay, con la mayor de las desenvolturas, afirma que para Russell los conceptos universales eran objetos (p. 43). Nada más alejado de la verdad: Russell repitió hasta el cansancio que las supuestas “entidades” de tipos lógicos superiores a los de los individuos **no son objetos**. En relación con Frege y Moore, nos volvemos a encontrar con afirmaciones francamente escandalosas. Considérese, por ejemplo, el siguiente texto:

*Wittgenstein, despite his admiration for Frege, shows little of the latter's penetrating minuteness of approach: his doctrine of meaning as use has its root in the incomplete symbols, logical constructions and other simplifying devices of Russell's later work, rather than in the objects, the concepts, the senses, the references and the other linguistic and ontological devices of Frege. (p. 60)*

No creo que valga la pena discutir las erróneas atribuciones históricas (si hay algo del “joven” Russell es la Teoría de las Descripciones, puesto que data de 1905). Deseo tan sólo expresar que a mí me habría parecido obvio que si hay algo con lo que no tiene nada que ver la “doctrina” del significado como uso, ese algo es la teoría de las construcciones lógicas (salvo, tal vez, como algo con lo que se puede contrastar el enfoque y la perspectiva del Wittgenstein maduro). Abundan en el libro las aseveraciones semi-misteriosas y semi-inteligibles como *Words and signs, however, only have a sense and a reference in virtue of the objective-thought distinctions that they express and which in some sense lie behind or beneath them* (p. 64). Eso será lo que se quiera, pero me atrevo a afirmar que no es parte de la doctrina de Frege. A Moore se le dedican unas cuantas páginas y, entre otras barbaridades, se afirma que *On Certainty*, el libro que contiene los últimos pensamientos de Wittgenstein, *is thoroughly Moorean in its approaches, but makes the amusing error of holding that we can be sure that men will never be able to travel to the moon* (p. 69). Esto indica, realmente, poca seriedad. No es ni mucho

menos el enfoque lo que es mooreano en el libro (ese **gran** libro) de Wittgenstein. Más bien, algunas cosas afirmadas por Moore constituyen para Wittgenstein excelentes ejemplos de errores filosóficos y lo que Wittgenstein se esfuerza por hacer (y lo logra) es mostrar que muchas de estas afirmaciones se fundan en incomprensiones de la gramática profunda de ciertas expresiones clave, como por ejemplo ‘conocer’. Lo que Wittgenstein objeta es la pretensión de conocimiento en el caso de lo que él llama ‘bedrock propositions’, como por ejemplo, ‘hay objetos materiales’. En verdad, el enfoque de Wittgenstein es totalmente **contrario** al de Moore! En cuanto al “divertido error”, resulta irritante el comentario, primero por señalarse algo ya muy mencionado como si se tratara de una observación nueva y, segundo, porque no se hace el más mínimo intento por explicar el asunto y el “error”. Es falso que Wittgenstein afirmara que los hombres nunca volarían a la luna: lo que él dice es que la proposición ‘Nunca he estado en la luna’ (usada por cualquier persona en su tiempo) es una proposición fundamental, esto es, no sujeta a discusión. En su tiempo ciertamente lo era y formaba parte del sentido común de la época, como ahora lo tiene para nosotros la proposición ‘Nunca he estado en Plutón’. Pero Wittgenstein explica que hay diversos tipos de proposiciones fundamentales y hace ver qué cambios son posibles y cuáles parecen ser imposibles en relación con nuestra concepción del mundo. Esto era lo que había que comentar y sobre esto Findlay no tiene absolutamente nada que decir.

Cuando llegamos al capítulo IV, que versa sobre el *Tractatus*, alcanzamos en verdad insospechadas cúspides de superficialidad y falta de seriedad. Se hacen permanentemente afirmaciones temerarias sin justificación alguna, como por ejemplo las aseveraciones de que, según el *Tractatus*, nosotros construimos el mundo (p. 76), hay hechos que no tienen complejidad interna o estructura. (p. 77), los pensamientos son *types* (p. 91), la idea básica del número es ordinal, no cardinal (p. 115), las matemáticas son tan tautológicas como la lógica (p. 116). El tratamiento por parte de Findlay de las últimas secciones del *Tractatus* es un atentado contra toda clase de seriedad y profesionalismo filosófico. En efecto, el autor se permite manipular con ligereza los temas que para Wittgenstein (y para muchas otras personas) son los centrales en la vida (véase, *e.g.*, p. 118). Como postre, se nos ofrece una lista de “objeciones” en contra de pensamientos centrales del *Tractatus*, a los que se despacha sin mayor esfuerzo ni preocupación con fáciles “Esto tiene que rechazarse”, “esto no funciona”, etc. (pp. 120-22). Es realmente grande el esfuerzo que se tiene que hacer para leer un texto tan irritante como éste.

El libro contiene tres capítulos más, uno de los cuales (el mejor del libro) versa sobre la filosofía de las matemáticas de Wittgenstein. Dado que no parece tener mucho que decir en relación con los temas abordados, Findlay se limita a “reconstruir”, por lo que el resultado es infinitamente superior a lo que produce cuando se permite emitir sus impertinentes comentarios. No obstante, es preciso señalar que lo más que logra hacer es ofrecernos resúmenes, en especial de las

*Remarks on the Foundations of Mathematics*, pero no hay realmente ninguna discusión interesante de ninguna de las provocativas ideas de Wittgenstein. Findlay aprovecha sin embargo para insertar, en sus “reconstrucciones” de posiciones wittgensteinianas, pensamientos propios que dan una idea muy clara del nivel del material que nos vende. Por ejemplo, al presentar la idea de que hay expresiones matemáticas que sólo aparentemente tienen un sentido, como ‘hay cinco 7 consecutivos en la expansión de  $\pi$ ’, Findlay se inspira para hablar de Dios y de Su punto de vista, trivializando con ello todos los temas involucrados. *It is not, however, clear why God cannot calculate the whole infinite expansion of  $\pi$  at a single go, and not in successive stages. In that non-successive vision not only the presence of 777, but the places this will occupy in the total expansion, or its total absence from any place in that expansion will be perfectly accessible to the accomplished vision of Divinity, and we presumably can enjoy the vague inspiration which stems from such an accomplished vision*” (pp. 186-87). No se necesita ser un especialista en Wittgenstein para percatarse de que a quien afirma algo así de nada le sirvió leer al autor del *Tractatus*.

El capítulo sobre las *Investigaciones Filosóficas* es la mejor colección de tonterías que el reseñista haya podido leer sobre el *manum opus* de Ludwig Wittgenstein. Se agrupan arbitrariamente las secciones y se les despacha con una facilidad que no se encuentra ni en los comentarios de Popper sobre Wittgenstein. Este último es presentado – a lo largo de todo el libro, no sólo en este capítulo – como un auténtico débil mental (por ejemplo, en la página 187 se dice que Wittgenstein *is not able to distinguish the following of a rule from obedience to a kind of inspiration*), como alguien que no comprendió a San Agustín, que es aburrido (p. 205), decididamente superficial (p. 211), perverso (p. 215), etc. Los adjetivos de esta clase no faltan. La evaluación global de la obra de Wittgenstein (!) no podía ser más que esta: *Wittgenstein has offered us no adequate philosophy of language, nor of logic or mathematics, nor of mind and its conscious experiences, nor of anything absolute and transcendent, whether from an ontological or axiological or mystic-religious point of view* (pp. 252-53). Nuestro problema es: ¿cómo evaluar el libro de Findlay?

Antes de decir lo que pienso respecto a este libro, quisiera señalar algo que podría parecer secundario pero que, pienso, da una idea muy clara de la clase de persona que es el autor. En el capítulo introductorio, Findlay nos asegura que es en parte a la belleza física de Wittgenstein que se debió su “éxito”. Dicha belleza *certainly contributed, even if unconsciously, to his immense influence in Cambridge* (p. 19). Como confesión personal es reveladora, pero sostener en serio que hombres tan íntegros como G. E. Moore, tan impresionantemente inteligentes como Russell, tan serios como Ramsey, podían haberse ocupado de alguien por su “belleza física”, me parece una falta de respeto a ellos y una burla a los lectores. Yo considero que el autor de este panfleto debería ser multado y su libro retirado de la circulación. No

hay, aparte de lo interesante que surge de los propios temas wittgensteinianos, un pensamiento original, interesante o importante. Es un libro que no tiene más que un valor puramente negativo: indicar, por la vía de **la** ejemplificación, cómo no se debe escribir, ni sobre Wittgenstein ni sobre nadie.